











































































—¡Y una mierda no lo sabes! —rugió McNutter. A continuación se volvió hacia Roger Blanco al Cuadrado—. Yo le diré quién es, señor White. Se llama Elizabeth Armholster. Es la hija de Inman Armholster.

—¡Es una broma! —dijo Roger Blanco al Cuadrado, a pesar de sí mismo y dándose cuenta demasiado tarde de que no era una respuesta muy profesional por parte de alguien considerado un abogado de alto nivel.

—No, no es una broma —repuso McNutter—, y quiere la cabeza de Fareek, quiere la cabeza del Tec y, si perdemos a Fareek, también es mi cabeza.

Inman Armholster. Inman Armholster era uno de los cinco nombres en los que se pensaba al abordar el tema del *establishment* blanco en Atlanta. Estaba en cualquier red de relaciones con la que valiera la pena tratar en la ciudad. Perteneía a una vieja familia, así como al Club de Conductores de Piedmont y todo eso, y además era rico como Creso. Quizá se hallara en la terraza del club y, de no ser así, seguro lo habían invitado. Inman Armholster.

Roger Blanco al Cuadrado miró a McNutter y luego miró a Fareek Fanon. Las preguntas se agolparon en su cabeza sin que le diera tiempo a clasificarlas, aunque la primera resultaba muy obvia. ¿Por qué lo había llamado McNutter, esa gran media res blanca? No era un abogado penalista, no era un especialista en negligencias. Ni siquiera era un especialista en litigios. Lo suyo era el derecho de sociedades, y su especialidad, los contratos. A Inman Armholster no le interesaría el dinero. Le interesaría la sangre.

Roger Blanco al Cuadrado volvió a mirar al joven deportista, ahí, tras su escudo de petulante descaro, vestido con unos ridículos andrajos de gueto, con las joyas pequeñas en los lóbulos y las joyas grandes en el cuello y la muñeca reflejando la luz. La estrella de fútbol. Roger Blanco al Cuadrado nunca había visto de cerca a una de esas personas, pero ante él tenía un ejemplo de uno de los peores modelos de conducta que la juventud negra podía emular: el deportista estrella, el mercenario a sueldo que da por sentado que el mundo le debe dinero y sexo, sin límite, siempre que quiera, y que dispondrá de inmunidad, ocurra lo que ocurra. ¡El código del mercenario! ¡Violación, saqueo y botín! ¡Sin necesidad de rendir cuentas a nadie! Y ese mamón tenía que elegir a la hija de Inman Armholster. Lo supiera o no, y no daba demasiadas muestras de saberlo, el Cañón era en ese momento un cartucho de dinamita.

Oh, Meca de Chocolate.